

Las elecciones de 1988

Arturo Sosa A.

- * **Reducir realmente el tiempo y los costos de la campaña electoral exige una reforma a fondo de las relaciones de poder y del papel de los partidos en el sistema político venezolano.**
- * **Carlos Andrés Pérez aprovechó ampliamente su imagen y capacidad de suscitar esperanzas en una campaña con recursos muy abundantes. Eduardo Fernández no supo aprovechar su audacia y tesón para atacar al gobierno de Lusínchi ni al continuismo adeco.**
- * **Se repitieron los escandalosos chanchullos en la totalización de los votos nulos y de los partidos minoritarios. Es urgente revisar los mecanismos de conteo electoral.**
- * **En un congreso sin la mayoría de un solo partido se impone la necesidad de negociar respetando el pluralismo. Si se resquebraja el pacto AD-COPEI es el MAS-MIR quien está en mejores condiciones relativas.**
- * **Eduardo Fernández forzó el cambio generacional interno en COPEI y se convirtió en el único líder de esa tolda capaz de enfrentar a CAP y AD.**
- * **La renovación del pacto Institucional entre AD y COPEI demuestra que la "vieja política" goza de muy buena salud.**

El proceso electoral de 1988 posee características de continuidad y novedad con los anteriores y refleja de diversas maneras el momento actual del sistema de partidos venezolanos. En estos comentarios, complementarios a los otros trabajos de este número de SIC, intentamos señalar esas características tomando en cuenta la campaña electoral, los resultados del 4 de diciembre, y sus consecuencias para los partidos y el ambiente político y general.

UNA CAMPAÑA LARGA Y COSTOSA

No es fácil establecer cuándo comenzó la campaña electoral. En noviembre del 88 el comentario generalizado era "ya falta poco para que salgamos de este bombardeo unidimensional". Sin embargo, ni las quejas comunes ni las regulaciones legales ni los farisaicos propósitos de los protagonistas de las campañas de acortar su duración pueden contra la comprobada utilidad de su creciente longitud. Estas campañas así de prolongadas consiguen arrear a toda la población hacia la participación en el proceso electoral y convertirle realmente en el acto central y único de legitimación popular del sistema populista de partidos. De allí que proponerse reducir el tiempo de las campañas —en serio— significa estar dispuesto a cambiar su papel en el conjunto del sistema y por ende transformar las relaciones políticas dominantes en los últimos treinta y un años.

La misma lógica funciona en relación a los costos de las campañas. La Ley del Sufragio contempla una contribución del Estado al financiamiento de las campañas de los partidos. En una sana relación democrática el financiamiento público contribuye a mantener una cierta igualdad de oportunidades. En nuestro sistema político mientras el Estado pone 220 millones de bolívares (180 se reparten entre AD, COPEI y MAS y los 140 restantes entre los partidos que obtuvieron más del 1% de los votos en las elecciones anteriores) se calcula que se gastaron en la campaña electoral más de 6 mil millones de bolívares de los cuales las cuatro quintas partes corresponden a los dos grandes. La distorsión es evi-

dente si se toma como referencia la situación económica de la mayoría pobre del país y las necesidades a cubrir en todos los órdenes. Pero, aquí también rigen los cálculos políticos. Ese es el costo de mantenerse en el poder en este sistema.

Por su parte, el Consejo Supremo Electoral ejecutó un presupuesto de 925 millones de bolívares, de los cuales unos 460 millones son el costo del proceso mismo de diciembre incluyendo los 80 millones destinados a la publicidad institucional.

LAS ESTRATEGIAS DE LA CAMPAÑA

Comencemos por la "trionfadora". Acción Democrática centró todo su esfuerzo en la imagen de Carlos Andrés Pérez. Sólo al final aparecieron afiches y caras de los candidatos a los cuerpos deliberantes. CAP tenía un largo trecho andado al ser una figura muy conocida con dos décadas en la palestra pública y habiendo ejercido la Presidencia de la República. Su estrategia se basó en "no cazar peleas" ni con sus adversarios externos (COPEI y la izquierda) ni con los internos (tendencias dentro de AD y el gobierno de Lusínchi). Se dedicó a predicar su mensaje positivamente reforzando la imagen de grandes posibilidades del país dejada por su gobierno anterior. La imagen del hombre de experiencia (El Presidente) fue el antídoto al posible uso del anti-reeleccionismo y a la juventud del candidato de COPEI. Se logró proyectar una imagen autónoma de un candidato cuya historia política podía ofrecer flancos débiles. De allí que, al igual que al Presidente Reagan en EUA, se lo llamara el "candidato teflón".

No hay que olvidar la capacidad organizativa demostrada por el comando de campaña y el partido Acción Democrática. A pesar de lo dura y agresiva que fue la discusión de la nominación presidencial entre CAP y Octavio Lepage, y la existencia de tensiones internas muy fuertes se logró generar una "maquinaria" eficaz poniendo en función del triunfo electoral de CAP la entera organización partidista y su capacidad de aglutinar disciplinadamente la "periferia" independiente en sus más variadas mani-

festaciones: intelectuales, mujeres, inmigrantes, empresarios, juventud, fuerzas populares... La abundancia de recursos económicos que respaldó la campaña de CAP fue una gran ayuda. Ni siquiera el triunfalismo de la propia campaña y su efecto de hacer sentirse "confiados" a los militantes restó eficacia a la estrategia diseñada.

El gobierno también tuvo su parte. Aunque era conocida y prácticamente pública la tensión existente entre el Presidente Lusinchi y el Candidato Pérez, la "popularidad" del primero, el enorme gasto propagandístico y el control de los medios logrado por este gobierno favorecieron directa e indirectamente la candidatura de CAP, entre otras cosas porque el comando de Eduardo no supo cómo manejar las características de Lusinchi y su imagen publicitaria.

Igualmente, tanto el comando de CAP como el gobierno hicieron un buen uso manipulado de las encuestas de opinión. El primero supo convertir las ventajas iniciales de CAP en una imagen de invencibilidad comprobada por las encuestas. El segundo logró regar la idea de un Presidente popular porque había logrado que el país no cayera al abismo manejando hábilmente la situación más dura confrontada por gobierno alguno de este siglo.

Por su parte, el comando de campaña de Eduardo Fernández aceptó como dato irrefutable la "popularidad" de Jaime Lusinchi y pretendió una estrategia electoral en la que no se atacó ni la figura del Presidente, ni su acción de gobierno y ni siquiera el "continuismo" adeco. Se intentó, entonces, una campaña centrada en la persona del candidato identificado no por su nombre sino por su apodo El Tigre, encarnación de la nueva democracia en contraposición a la vieja, saco en el que entraban los gobiernos y líderes tanto de AD como de su propio partido. El ataque a CAP se basó en los hechos de corrupción de su gobierno y se insistió tercamente en el tema de la delimitación de las áreas marinas y submarinas del Golfo de Venezuela, presentando la imagen de un C.A. Pérez que debilitó la posición de Venezuela y estuvo a punto de aceptar una negociación desfavorable al país.

A pesar del enorme tesón, audacia y esfuerzo de Eduardo Fernández y sus

colaboradores cercanos las limitaciones de la estrategia utilizada produjeron pocos dividendos. Se percibió como un candidato y un equipo pragmático en exceso con lo cual se minó la credibilidad de su mensaje. La tan discutida cuña en la que englobaba los gobiernos de CAP y Luis Herrera Campins como símbolos de la vieja democracia a superar es un buen ejemplo de lo que queremos decir.



Por otra parte, Eduardo no logró aglutinar a todo el partido en torno a su campaña. No todos los dirigentes fueron utilizados al máximo de sus capacidades. El pase a la "reserva" del Dr. Caldera sin duda alguna tuvo efecto en la dificultad de conseguir el completo apoyo de los copayanos e imagen hacia afuera del candidato.

Al comando de campaña de Eduardo Fernández se le puede criticar su aparente autosuficiencia. Demostró poca capacidad de escucha a los planteamientos hechos desde el partido o fuera de él. Tuvo una confianza ciega en el consejo de los asesores extranjeros sin que esas opiniones fuesen suficientemente contrastadas con buenos conocedores venezolanos de la sensibilidad política y el comportamiento electoral.

Evidentemente que Eduardo contó con menos recursos que CAP. Pero manejó muchos y no puede decirse que éste fue el punto de diferencia. Más bien hay que reconocer que no caló la imagen de la novedad que El Tigre pretendía representar. Su juventud en edad no era fácilmente trasladable a una imagen política. Por ejemplo, Eduardo hablaba de juventud, novedad y aparecía trajeado

tradicionalmente, hablando como siempre han hablado los líderes partidistas... mientras CAP se vestía juvenilmente y actuaba y hablaba rompiendo patrones anteriores. Tampoco logró expresar lo nuevo en propuestas y soluciones a la situación distinta que hoy vive Venezuela, ni propuso un análisis alternativo para entender a fondo el proceso social. El electorado no percibió al Tigre como una opción política mejor que la representada por CAP incluso con sus defectos conocidos y machacados.

Al contrario que en los dos grandes partidos la estrategia electoral de la izquierda y algunos grupos minoritarios como Nueva Generación Democrática y Fórmula 1, prescindió casi totalmente de la promoción de los candidatos presidenciales para insistir en el voto legislativo. Esta estrategia puede justificarse por razones teóricas como la necesidad de profundizar la democracia fortaleciendo la autonomía del poder legislativo (nacional y estatal) o ir creando "desde abajo" una fuerza social que se convierta en presencia electoral. Sin embargo, esta estrategia no parece haber respondido a este tipo de razonamiento sino al realismo electoral que evidenciaba una alta polarización entre las candidaturas presidenciales de CAP y Eduardo Fernández y la posibilidad de aprovechar a su favor los liderazgos locales surgidos. De este comentario habría que excluir a La Causa R cuya estrategia de fortalecerse total y sectorialmente data de su fundación y no se limita a una campaña electoral.

La izquierda no logró, tampoco, transmitir al país un análisis alternativo y mejor al de los partidos del orden establecido ni vías factibles de un modelo social que permitiera vislumbrar mayor justicia y bienestar para el pueblo, consiguiendo, motivar la acción política y el voto.

Para la izquierda sí pesó definitivamente la escasez de recursos económicos que tampoco se suplió por la imaginación en el uso de los que se tenían.

NOTAS ATÍPICAS SOBRE EL PROCESO COMICIAL

Parte de la ideología mítica electoral venezolana, repetida hasta la saciedad en estos días, es la transparente pul-

critud en el conteo de los votos. Otra vez nos encontramos frente a un fenómeno que se viene repitiendo con creciente frecuencia en el país: la distancia entre la realidad por todos conocida y el discurso oficial repetido una y otra vez por la dirigencia política. Toda persona que haya estado cerca del procedimiento completo del conteo de votos y asignación de representación a los cuerpos deliberantes sabe los manejos que allí se hacen, aceptados —y esto es lo más grave— por quienes están puestos para defender la proclamada pulcritud.

Todos sabemos cómo los votos nulos y los votos de los partidos pequeños o grupos locales cambian de casilla en las actas de votación a beneficio de los partidos que están representados en las instancias electorales superiores a la mesa de votación (Centro de Votación, Junta Distrital, Junta Estatal y C.S.E.). Los primeros corrimientos pueden producir algún representante directo adicional o engrosar el pote para tener derecho a los representantes por cociente electoral. También se conocen trasvases de votos de una circunscripción a otra para que "salga" el Dr. Fulano, que no puede quedar fuera del Parlamento, o para evitar que sea nominado Mengano, que se lo puso en ese puesto por compromiso que no vale la pena respetar o porque no sigue la línea del partido y es autónomo en sus posiciones...

El tema reviste seriedad por lo extendido de esta conducta, por lo que ella representa de incoherencia política y democrática y por el alboroto encubridor que proclama a voz en cuello la inexistencia en nuestro proceso de este tipo de manipulaciones.

La integridad ética personal de todos los que tienen que ver con el conteo de los votos debería ser nuestra mayor confianza como ciudadanos. Sabemos, sin embargo, que "la carne es débil" y hay que establecer los mecanismos para evitar esas situaciones y sancionar severamente las trasgresiones. No pretendemos —por razones obvias— hacer ninguna acusación personal o institucional. De los muchos funcionarios con que hemos debido tratar en el CSE podemos dar fe de su competencia, dedicación y honestidad. De la inmensa mayoría de los venezolanos que se ofrecen a formar parte de las miles de mesas electorales, también. El problema hay que ubicarlo en la propia estructura de las relaciones políticas de las que se deriva la concepción y actuación del máximo organismo electoral.

Como el conjunto del sistema político, el Consejo Supremo Electoral funciona en base a una alianza entre partidos que se cubren con algunos "independientes". Los partidos que participan en esta alianza son los que tienen mayor cantidad de votos. Generalmente la función del independiente-Presidente del CSE es lograr el consenso entre los partidos. En resumidas cuentas quienes manejan el proceso electoral son los mismos partidos que compiten en él (¿zamos cuidando carne?). Una muestra fehaciente de esta afirmación es el caso omiso que hacen los partidos, sobre todo AD y COPEI, de la normativa que aprueba el CSE sobre duración de la campaña, publicidad... o de los avisos o convenciones. Toda la estructura para el conteo de votos se desprende de esta característica, y actúa en función de los intereses de los "aliados".

La misma alianza fundacional del sistema populista de partidos ha hecho que los límites de las irregularidades se queden en el chanchullo menudo y no alcance los niveles de un fraude intragable. Incluso, pueden respondernos, se le entregó la Presidencia al Candidato del partido opositor por la mínima diferencia de 28 mil votos en las elecciones de 1968. ¡Propio de aliados!. Plantearse de verdad una reforma del sistema electoral venezolano tiene que contemplar aspectos como éste que, en el fondo, obstaculizan la autenticidad de la democracia.

LA ELECCION PRESIDENCIAL

Carlos Andrés Pérez resultó el primer Presidente reelecto en votaciones masivas y directas en la historia política venezolana. He aquí una de las novedades de estas elecciones. La Constitución de 1961 ante el dilema de prohibir taxativamente la reelección presidencial y evitar el peligroso continuismo personalista de otros tiempos optó por la normativa vigente: dejar abierta la posibilidad de la reelección con dos períodos intermedios. El primero en hacer uso de esta prerrogativa fue uno de los principales constituyentes del 61, Rafael Caldera. Al anunciar su pretensión se puso sobre el tapete la discusión sobre si el espíritu de la ley era la no-reelección absoluta. El resultado electoral desfavorable fue interpretado por muchos como la voluntad del electorado de negar la reelección. Sin embargo, el triunfo de CAP se convierte en la negación de una supuesta voluntad antirreeleccionista del electorado y pone

al sistema político partidista a las puertas de vivir una experiencia inédita.

La reelección de Carlos Andrés Pérez puede examinarse desde distintos ángulos. Desde su posición política revela una tesón y una habilidad para sortear los escollos propios del juego del poder en Venezuela poco comunes. CAP había madurado su ambición reeleccionista desde antes de culminar su anterior período presidencial. Ambición personal, deseo y voluntad de empujar su proyecto de la Gran Venezuela, "pasar a la historia"... Sin embargo, pocos apostaban en marzo del 79 por su figura: fue derrotado aplastantemente en las urnas electorales, a punto de ser sancionado por el Congreso, señalado por la comisión de ética de su partido, amenazado de enjuiciamiento. El triunfo electoral de Jaime Lusinchi en 1983 fortaleció dentro del partido y del gobierno a sus contrarios. C.A. Pérez se impuso con sus propias fuerzas: un sector importante de las generaciones jóvenes de dirigentes de AD, alianzas claves con los grandes Grupos Económicos del país, una bien trabajada imagen internacional y una capacidad de arrastre masivo superior a cualquier otro dirigente político nacional.

Así consiguió CAP el 42,3% de los votos del total de electores (la cifra oficial del 52,91% se refiere al total de votos válidos), superando en 755 mil votos a AD y mejorando en un 4.2% su anterior votación (1973).

Podría decirse que el electorado votó "conservadoramente". Ante la experiencia de una crisis económica prolongada y la incertidumbre del porvenir se prefirió al candidato conocido, aunque se podía ser consciente de la enorme diferencia entre las condiciones económicas del Estado en su anterior período, al candidato joven, que podía representar una forma distinta de encarar problemas nuevos para el país.

La polarización tan alta en el voto presidencial (93.3%) en contraposición a la relativa dispersión en el voto parlamentario (43.26 el partido de gobierno contra 56.74 de la oposición; casi 20% menos AD más COPEI que CAP más Eduardo Fernández) encierra otro mensaje importante del electorado al sistema político. De los 23 candidatos presidenciales que concurren a las elecciones sólo 3 obtuvieron más del 1% de los votos. Entre esos tres sumaron el 96%; la diferencia entre el primero y el tercero fue del 50% (3.678.545 votos); la diferencia entre el segundo y el tercero fue de 2.762.536 votos (37.63). Dos candida-

tos obtuvieron menos de 500 votos (!), 4 menos de 1.000 votos (!) y 17 menos de 40 mil (cantidad necesaria para ser elegido diputado). Al parecer el elector se toma en serio la selección presidencial que una buena parte de la "dirigencia" política. Aquí no basta con plantear una modificación de los requisitos para inscribir un candidato presidencial, como se ha planteado. Ese no es el problema. Cualquier modificación de esos requisitos no haría sino favorecer a los partidos grandes y afianzaría el orden establecido. Lo que hay que cambiar radicalmente son las condiciones políticas para lanzar una candidatura presidencial que consiga respaldo electoral. Aspirar a la presidencia de la República exige no sólo requisitos personales determinados o el apoyo de una de las dos grandes maquinarias electorales sino la posibilidad de encarnar un proyecto político y los recursos para impulsarlo desde esa posición. Condiciones que no se adquieren de la noche a la mañana ni por obra y gracia de una coyuntura pasajera o ambición personal o grupal.

LOS RESULTADOS PARLAMENTARIOS

Aquí también se demostró la existencia de un electorado capaz de utilizar la escasa flexibilidad de nuestro sistema electoral para indicar su opinión sobre la marcha del sistema político. Mientras dio una clara mayoría al Presidente Pérez lo acompañó con un Parlamento en el que se pueden manifestar tendencias políticas plurales. El electorado puso en manos de los partidos un instrumento para mejorar la función legislativa y contralora de las actuaciones del Estado. Contradijo expresamente la argumentación acciondemocratista que invitaba a garantizar la acción del Presidente Pérez con una mayoría parlamentaria. Insistió en que la profundización de la democracia lleva a representar el pluralismo de intereses sociales en los Cuerpos deliberantes del Estado. Le recordó a los partidos, especialmente a AD, que gobernar no es una acción absolutista sino el cumplimiento de las funciones del Estado de acuerdo a la Constitución y a las leyes. Les repitió que la política es negociación abierta y clara, que no hay mejor Ejecutivo que aquel cuya acción es regulada y controlada por

un Legislativo autónomo y representativo de la diversidad de la sociedad a cuyo servicio se dice estar.

La principal lección, en este sentido, la recibió Acción Democrática, cuyos dirigentes no ocultaron la desazón que les produjo la reducción de su cuota parlamentaria y la pérdida de la mayoría absoluta. Pero también ese mensaje es para quienes se beneficiaron electoral-



mente. Tienen, por supuesto, la posibilidad de negociar "por arriba", actuando como fracciones autónomas de sus electores yacentuando el carácter restrictivo-cogollístico del sistema de partidos venezolanos. Pero tienen, también, la oportunidad de convertir al Parlamento en un organismo más representativo del país y dar así algún paso en la democratización de las relaciones políticas.

La composición del Parlamento es distinta al período que culmina: AD perdió en relación a 1983 16 diputados y 6 senadores (sin contar los vitalicios). COPEI ganó 7 diputados y 6 senadores. Es decir que la suma de AD y COPEI perdió 9 diputados. La izquierda como conjunto aumentó 4 diputados (de 20 pasó a 24) y 1 senador (de 2 a 3). Fuerzas no izquierdistas representadas por primera vez en el Congreso son: Nueva Generación Democrática con 6 diputados y 1 senador, Fórmula 1 con 2 diputados y el partido de confesión evangélica ORA con 2 diputados. La mayor novedad está representada por éste último pues, por primera vez se presenta un partido expresamente confesional (COPEI aunque se llame socialcristiano ha negado desde su fundación su carácter confesional) y que obtiene una votación signifi-

cativa (1.28%) extendida por todo el territorio, con especial incidencia en las zonas más depauperadas.

Nos encontramos ante un Parlamento en el que ningún partido puede hacer mayoría por sí solo. En la Cámara de Diputados todas las coaliciones ganadoras (mayoría parlamentaria) de dos miembros tiene que hacerse con Acción Democrática (AD+COPEI, AD+MAS-MIR, AD+NGD). Excluyendo a AD la coalición ganadora mínima es de 8 miembros (COPEI + MAS-MIR + NGD + LGD + LCR + MEP + URD + F1 + PCV; ORA puede sustituir al MEP, URD; o F1 y OPINA al PCV). Conseguir una coalición ganadora sin AD exige, por tanto, una enorme capacidad negociadora, mientras que AD mantiene amplia ventaja en las posibilidades de lograr la mayoría necesaria. En el Senado, en cambio, hay tres posibles coaliciones ganadoras mínimas: AD + COPEI, AD + MAS-MIR, COPEI + MAS-MIR. Es decir, los 3 senadores del MAS-MIR permiten tanto a AD como a COPEI obtener mayoría, excluyendo al otro. Esta situación da al MAS-MIR una relativa ventaja a la hora de

negociar con AD, pues una alianza AD+MAS-MIR garantiza la mayoría en ambas cámaras (al igual que AD+COPEI), mientras que la alianza con la Nueva Generación Democrática sólo garantiza la mayoría en Diputados y puede ser bloqueada por el arreglo COPEI+MAS-MIR en el Senado. Todas estas cuentas suponen que los parlamentarios elegidos se comportan como miembros disciplinados de sus respectivas fracciones partidistas.

Una de las novedades más comentadas en estas elecciones ha sido la aparición de los líderes regionales capaces de obtener una votación propia mayor que la del partido en cuyas planchas figuran. El principal beneficiario de este fenómeno ha sido el MAS-MIR en cuanto a caudal electoral se refiere. Por su parte, estos líderes con fuerza regional relativamente autónoma obtienen por su vinculación al partido que es tercera fuerza electoral una plataforma política nacional que potencia su significado regional. Ninguno de ellos puede, sin embargo, influir decisivamente en las posibles coaliciones ganadoras mínimas comentadas. La importancia de esta votación reside en lo que significan de maduración en el electorado cada vez con ma-

yor capacidad de usar el voto para enviar mensajes políticos. Como esos mensajes, todavía suaves, afectan una posible reforma del sistema electoral depende de los cogollos aún fuertes del sistema populista de partidos.

El resultado del voto legislativo dejó cesantes a 27 organizaciones políticas que no alcanzaron el 1% de la votación, entre ellos el PCV y OPINA, a pesar de haber obtenido ambos 1 diputado por cociente electoral. Además quedaron eliminados Nueva Alternativa, Liga Socialista, MIN; FUN, La Nueva República, Cruzada Cívica Nacionalista y otros...

HUMO EN LOS OJOS

Durante la semana inmediatamente posterior al 4 de diciembre, mientras el Presidente Electo se ausentaba del país, la noticia que centró la atención política fue la amenaza de guerra-división en COPEI. La misma noche del 4 de diciembre se produjeron las primeras escaramuzas. Al parecer Eduardo Fernández sospechó que su derrota electoral ante CAP pretendía ser capitalizada desde el primer momento por sus contendores internos, encabezados por el Dr. Caldera, para minar su posición en el Partido y tratar de eliminarlo como aspirante a la candidatura presidencial en 1993. Conviene recordar que Eduardo no improvisó su posición: renunció a ser postulado en las planchas al Congreso, con lo cual hacía un gesto de seguridad en su triunfo presidencial, pero nunca renunció a la Secretaría General de COPEI, sabiendo que esa era su "cuartel de invierno" en caso de no poder vencer a CAP, para poder pelear una nueva postulación futura.

De allí que Eduardo no desperdiciara el momento de reconocer su derrota para manifestar su decisión de seguir al frente de la Secretaría General y anunciarse como próximo candidato de COPEI. Tal actitud sacó de quicio a Caldera que se vio con el juego descubierto y reaccionó declarándole la guerra a Eduardo. Inmediatamente se puso en acción: desde esa misma noche aprovechó todos los espacios televisivos, radiales y de prensa repitiendo una y otra vez la misma cantinela de la deslealtad de Eduardo y sus seguidores, su insensatez en "adelantar" la discusión candidatura y manifestando su deseo de volver al control del partido o, lo que es lo mismo, recalando que COPEI debía volver a ser lo que fue en sus inicios y hasta la "traición" del Eduardismo. La actitud de

Caldera desató las acciones de otros líderes buscando posiciones para alcanzar sus propios objetivos: Abdón Vivas Terán, Oswaldo Alvarez Paz, Pedro Pablo Aguilar, Valmore Acevedo...

El resultado fue que Eduardo Fernández, perdedor de las elecciones, se convirtió en el foco de la atención política de todo el país. Pudo, además, enfrentar a Caldera antes de lo previsible y en condiciones ventajosas pues fue éste quien abrió las hostilidades, así se reafirmó lo sucedido en el Poliedro: COPEI reconoce todos los méritos de su fundador, Rafael Caldera, pero está decidido el cambio generacional en su liderazgo, por eso Eduardo consigue el amplio apoyo interno demostrado, incluso después de su "derrota" electoral. En otras palabras: Rafael Caldera y la generación fundadora seguirán siendo una referencia obligada en COPEI siempre que acepten el puesto de ser inspiradores, consejeros y no directivos, última instancia o competencia para candidaturas y cargos de la generación emergente. Eduardo Fernández ha demostrado su coraje y capacidad como luchador político: fue capaz de enfrentar a Caldera y empujar el cambio generacional interno, se midió electoralmente con el hueso más duro de roer de todo el liderazgo político actual de Venezuela, C.A. Pérez, mejorando la condición relativa de COPEI en su caudal electoral y fuerza parlamentaria. Además, reafirmó su control sobre la maquinaria partidista al volver a la Secretaría General, recorrer todas las seccionales, imponer sus candidatos en la jefatura de la fracción parlamentaria y en la Presidencia de la Cámara de Diputados.

Hoy por hoy Eduardo Fernández es el único líder que tiene COPEI para enfrentar a Acción Democrática y a Carlos Andrés Pérez. Hacer una oposición que se traduzca en dividendos políticos para COPEI depende, en gran parte, que el resto de la dirigencia, Caldera, incluido, reconozcan ese liderazgo y le saquen provecho. El liderazgo de Eduardo no es exclusivo ni, necesariamente excluyente de otros líderes copeyanos. Al contrario, su irrupción abre la posibilidad de la aparición de una dirigencia partidista cuyo fundamento no sea su participación en la fundación de la organización sino su capacidad política para convertirla en alternativa real en la actual circunstancia del país.

Otro asunto, muy distinto, es la disputa por la candidatura presidencial de 1993. Ni siquiera el éxito en dirigir una

oposición efectiva al gobierno de CAP le garantiza a Eduardo su segunda postulación. Su propio ejemplo puede ser imitado. Más aún, no está negado que Luis Herrera Campins quiera convertirse en el primer copeyano re-elegido para la Presidencia de la República y es evidente que posibilidades y ambición tiene. Otros líderes de amplia trayectoria podrán también aspirar: Pedro Pablo Aguilar, José Curiel, Enrique Pérez Olivares, José Rodríguez Iturbe, Abdón Vivas Terán, Oswaldo Alvarez Paz... Una pelea que se anuncia dura.

En Acción Democrática la situación es también muy tensa. Al parecer el triunfo de CAP y el "efecto Eduardo" han puesto de manifiesto la inexistencia de un espacio real para participar en el ejercicio del poder interno del partido para las generaciones de relevo. La "vieja guardia" permanece aferrada a las posiciones de control interno. El signo más evidente es Gonzalo Barrios quien, con 87 años de edad e incontable número de ellos en el ejercicio del poder partidista, sigue allí sin dar ninguna muestra de propiciar relevo. Sin embargo, la pelea no se ha centrado en su figura o cargo, pero sí se ha manifestado en la sustitución de Alejandro Izaguirre. La inercia de la vieja guardia pretende nombrar a Pedro París Montesinos, pero las generaciones jóvenes empiezan a cerrar filas detrás de Humberto Celli probando abrir también su boquete.

LA VIEJA POLITICA GOZA DE BUENA SALUD

Tanto la imagen que pretendió darse El Tigre de abanderado de la nueva política vs. la vieja, como su liderazgo afianzado en COPEI, podía haberle dado la ocasión de preguntarse si debía aceptarse, sin más, integrar el llamado pacto institucional con AD, o si era el momento de intentar otro camino de oposición franca y autónoma, con sus costos en cuanto a cargos y configuración, y sus ventajas para establecer libremente una forma distinta de hacer política en el marco del vigente sistema de partidos. Incluso el mismo CAP tuvo algunas dudas sobre si proponer o no la continuación del pacto institucional. Rápidamente Gonzalo Barrios atajó las vacilaciones recordando que por encima de todo estaba la defensa del sistema establecido hace treinta y un años.

Así el pacto fue propuesto y rápidamente aceptado como filosofía y como hecho por el COPEI de Eduardo Fernández. La vieja política sigue vigente.